

Kati Lincopil

Número equivocado

Ojitos rasgados

Tardé muchos años en descubrir que mi apellido era mapuche. Casi no tengo relación hoy con mi familia paterna, salvo algunos encuentros. Tampoco es que fuera un tema tabú para la materna. Solo no lo sabía, no era un asunto. Ningún niño en el colegio me molestó ni hizo bromas al respecto, algo que era bastante común con apellidos como el mío. Nunca he sabido bien por qué. Quizás no rimaba con nada chistoso.

Pero en algún momento mi apellido comenzó, para quienes no eran de mi familia, a ser algo, y no ha dejado de ser así hasta ahora. Me suelen comentar o preguntar al respecto. ¿Qué significa? ¿De dónde viene? ¿Sabes algo de mapudungún? ¿Tienes alguna relación con las costumbres? ¿Has ido a al sur? Mis negativas suelen dejar un aire de decepción en los rostros de los otros. Falsa mapuche.

*

Mi papá dejó a mi mamá cuando yo tenía cuatro años. Y un rencor, que ahora encuentro demasiado precoz, se enquistó en mí. Toda mi infancia, mi abuela y mi mamá solían hacer hincapié en el parecido. Pero si es igualita. Camina igual. Se mueve igual. Hace los mismos gestos que su padre. Odiaba que remarcaran ese parecido. Primero, porque no había orgullo en su forma de decirlo, sino más bien parecía la declaración de lo inevitable. Y también porque me exiliaba.

Mi mal humor es otro rasgo característico que mi abuela materna se encargaba de atribuir: “Ya se le paró la pluma, igual que a su padre”.

*

Fue en octavo básico. Estábamos en un tiempo muerto que se supone era la hora de consejo de curso y el profesor jefe, un tipo canoso, alto, gordo y rosado, me llamó a su escritorio y me llevó fuera de la sala para hablar sobre mis notas. “¿Por qué tan altas en algunas materias y tan bajas en otras?”, me preguntó. Más que preocupado parecía intrigado. Yo tenía trece años y no tenía idea. “Pero si eres bastante inteligente para ser mapuche”, remató, antes de que pudiera decir nada a mi favor. El tono era de halago.

*

Mido casi un metro sesenta. Peso cincuenta y cinco kilos. Mi nariz es pequeña y flaca. Tengo el pelo oscuro, liso, grueso y abundante. Además de eso, mis ojos son lo suficientemente rasgados para que siempre me digan que me parezco a algo. Mi mamá cuenta la misma anécdota sobre mi nacimiento. Primero aclara que nací amarilla, y que por eso me tuvieron en una incubadora un par de días —se llama ictericia, pero mi mamá lo cuenta así, que nací amarilla—, y que uno de esos días, mientras esperaba que me llevaran a sus brazos para que me diera teta, escuchó que una enfermera anunciaba entusiasmada desde el pasillo: “¡Miren, una guagua chinita!”. Mi mamá se levantó un poco de la cama y estiró el cuello para ver a la guagua chinita. Y era yo, su hija, que no tengo nada de chinita.

Ese primer anuncio de la enfermera por los pasillos del hospital hace eco hasta ahora. Parezco asiática, dice la gente, no mapuche. Mi piel no es morena como la de mi papá ni blanca como la de mi mamá. Recuerdo que mi abuela me volvía a diagnosticar cada cierto tiempo: “¡Hija, la niña se puso amarilla!”

*

A los diecinueve trabajé de mesera en un bar en Ñuñoa donde vendían churrascos, cervezas y colaciones. Un tipo comía ahí todos los días, pero nunca lo había atendido. La Marisol era su mesera favorita y no dejaba que nadie más se le acercara. Pero ese día la Marisol no fue así que lo atendí yo. Le tomé la orden, la dejé en la cocina y al rato volví con un sánduche y una Torobayo de medio. Cuando terminó me pidió la cuenta, y mientras la redcompra imprimía el comprobante, me dijo: “Tienes una onda polinésica”. “Mapuche”, respondí. “Nooo”, sostuvo al recibir el comprobante para irse. Así no más. Tenía que ser otra cosa.

*

Los niños son los menos sutiles. Como la vez que en la micro uno como de siete años que estaba sentado frente a mí me apuntó y le preguntó a todo grito a su mamá si yo era una china y lo retaron. O la vez que visité a un amigo y me contó: “Oye, el otro día estábamos viendo un libro con la Antonia y me dijo: «Mira, es igual a la Kati». ¡Anto! Trae el libro para mostrarle a la Kati”. El personaje en cuestión era una niña vestida de karateka.

*

Mi nombre ha sido siempre un problema burocrático. Concluí de que mi apellido no se escucha a la primera, como suele pasar con una palabra en un idioma desconocido. Es incómodo ese momento, sobre todo por teléfono, en que me preguntan “¿me lo puede repetir, por favor?” y luego de que lo repito, dicen “Lin...” y yo ahí relleno y digo, “... pil, PIL, con L de lobo, no con N, LINCOPHILL”. Y no es solo el apellido, sino que también mi primer nombre, porque a mi madre a sus diecisiete años le pareció bonito bautizar a su primogénita no solo con un nombre anglosajón, sino que uno con todas las letras posibles. Siempre tengo que aclarar: empieza con K, no con C, son dos N. No, sí, con E final, decidió mi madre, no se pronuncia. Algunas personas me han preguntado y hasta ofrecido ayuda para cambiarlo. Ya pasé por la etapa de los reproches. Aunque a veces sí se lo reprocho en broma, pero no le parece divertido.

*

Un apellido mapuche no es, originariamente, un apellido. Por eso al tratar de traducir su significado se divide en dos partes, como los nombres de los indígenas de los *western*: Linco-pil La primera parte es la denominación personal, la característica particular de la persona a la que se le dio el nombre; la segunda parte refiere al origen familiar de quien porta el nombre, su ascendencia. Linco-Pil.

Gracias a esta información ahora sé dos cosas. Primero, que entonces mi apellido es el nombre de la última persona de mi familia a quien se le dio nombre mapuche. Segundo, que de mi nombre solo sobrevivió la primera parte, “Linco”, pero que “-pil” no es una palabra completa. Probablemente es el principio de una palabra o la castellanización de otra palabra. Finalmente, solo restos. Mi nombre está quebrado.